

1882.—Junio

Don Ramón Fernández y Don Rafael Pérez Gallardo a nombre del Estado de Guanajuato; y Don Rafael Ortiz de la Huerta, Don Francisco María de Prida, Don Genaro de la Fuente y Don Benito Arena, en representación del «Banco Mercantil Mexicano,» celebran un contrato para establecer agencias ó sucursales del mismo en esta Capital y en otros puntos del Estado.

1882.—4 de Julio

La comisión nombrada por el Ayuntamiento para dictaminar acerca de la pretensión de la Compañía de Tranvías, presenta sus proposiciones el 19 del próximo pasado Junio, y son aprobadas por el mismo Cuerpo Municipal en la fecha puesta arriba.

Demuestra la Comisión en su dictámen con la más incontestable claridad, que el Municipio resentiría perjuicios gravísimos si consintiera en que la Compañía del Ferrocarril Central, dejara de construir el tramo de Marfil al Cantador, unido con todo el resto de la vía, y de una anchura igual; así como también que aunque se prescindiera de la cuestión de consecuencia, el Ayuntamiento no puede oponerse á lo que por diversos contratos y decretos, así del Gobierno General como del Estado, está dispuesto respecto á dicho tramo de ferrocarril; en virtud de los cuales la Compañía del Ferrocarril Central, tiene derecho de preferencia en la calzada de Marfil.

Por todo lo cual propone la Comisión y el Ayuntamiento aprueba: que se diga á la Compañía limitada de Tranvías del Centro que no le pueden permitir sus trabajos ferrocarrileros de Marfil al Cantador hasta que la Compañía Central marque el trazo que ha de traer su camino: que se excite al Gobierno para que forme al último contrato exija la pronta conclusión de dicho trazo; y que se agregue por último á la Compañía de Tranvías que la taxativa de que se designe el trazo de la Compañía Central, no impide que pueda comenzar á trabajar donde mejor le convenga de los demás puntos

del Cantador á la Presa; y eche el trazo también en la calzada.

La Compañía de Tranvías suspende en consecuencia sus trabajos, y los comienza luego de acuerdo las dos Compañías.

1882.—31 de Julio.

El Banco Mercantil Mexicano emite sus billetes, y comienza sus operaciones en esta plaza.

1882.—Julio.

La Compañía Central Telefónica establece su oficina en esta Capital, en la segunda calle de Alonso, y pronto sus alambres atraviesan la ciudad en todas direcciones.

1882.—5 de Septiembre.

Se colocan los primeros rieles en Marfil, frente al costado de la Hacienda de San Juan.

La Compañía Central continúa activamente sus trabajos en todo el trayecto del ramal de Guanajuato: en la Calzada del Cantador á Marfil se han hecho grandes terraplenes, siendo el más notable el formado en el punto del Sacramento: dentro de Marfil se han formado por medio de un grande y costoso calicanto, una calzada al costado del río, desde la Garita hasta la calle de Tenería, pasando por debajo de uno de los arcos del puente de Santa Clara: entre Marfil y el puente del río de Santa Ana, se ha robustecido también el terraplén con muros de manpostería; y las obras de terracería han continuado hasta Silao.

1882.—15 de Septiembre.

Se instala el Décimo Congreso Constitucional del Estado.

1882.—25 de Septiembre.

Los tubos de fierro para la conducción del agua potable, que sólo llegaban hasta la caja repartidora de San Sebas-

tián, siguen colocándose rumbo al centro de la ciudad, en sustitución de la antigua cañería de plomo.

1882.—Septiembre

En los últimos días de este mes comienza á verse un hermoso cometa.

1882.—10 de Octubre.

Los rieles que vienen tendiéndose de Silao para esta Capital, llegan al rancho del Capulín.

1882.—16 de Octubre.

Comienza á construirse la Estación del Ferrocarril, un poco adelante del Cantador, en un amplio terreno baldío que existía en aquél sitio. Se trabaja en el edificio con la más extraordinaria rapidez.

También se dá principio en estos días á la gran fábrica de la Estación del vapor en el punto de Tenería.

1882.—19 de Octubre.

Queda armado el magnífico puente de fierro, que atraviesa el río de Santa Ana, cerca del antiguo de piedra por donde pasa el camino carretero.

1882.—21 de Octubre.

Llega por primera vez á Marfil una locomotora: una inmensa concurrencia va á presenciar esta llegada, con el más crecido entusiasmo.

1882.—1.º de Noviembre.

El Banco Nacional queda establecido en esta ciudad.

1882.—3 de Noviembre.

Los rieles de la tranvía quedan colocados desde la Estación del vapor en Tenería, hasta la alameda del Cantador. Seis días después llegan los primeros wagones y comienzan á hacer viajes, aunque no todavía para el servicio del público.

1882.—6 de Noviembre.

El Lic. Don Joaquín Chico sustituye al de igual clase Don Manuel Muñoz Ledo en el Gobierno del Estado, del cual el segundo se separa temporalmente por causa de enfermedad.

1882.—15 de Noviembre.

La cañería de fierro para el agua potable llega en esta fecha al Jardín de la Unión, extendiéndose luego por toda la ciudad.

1882.—21 de Noviembre.

Se inaugura en Guanajuato el Ferrocarril Central Mexicano, con la más espléndida solemnidad y en medio del más crecido entusiasmo.

Se anunció la gran fiesta con la debida oportunidad, y puede decirse sin exageración, que cada guanajuatense se preparó desde luego á solemnizarla de la manera que le fué posible. Todo el prolongado trayecto que existe desde el Jardín de la Unión hasta la Estación del vapor en Tenería, se adornó con la más singular esplendidez, y llenó materialmente de millares y millares de personas, que ansiosas esperaban la llegada de la locomotora.

Esta salió de México á las seis de la mañana, fué la marcada con el número 35, Conductor P. Dillov, Maquinista M. Eali; y llegó al anochecer al término de su viaje, trayendo consigo á tres Ministros de Estado, á otros tantos Gobernadores, á cuatro Plenipotenciarios extranjeros, á los Generales Berriozábal, Couttolenne, Treviño Baranda, Ceballos, Gayón y Rocha, á los miembros más caracterizados de la Prensa, á gran número de Diputados y Senadores, á otros

muchos caballeros y á varias familias distinguidas de la Capital de la República.

Al anunciarse la inauguración, la Junta Directiva acordó y publicó el programa que insertamos á continuación:

LA JUNTA DIRECTIVA encargada de organizar las festividades con que el Gobierno del Estado y el Ayuntamiento Constitucional, celebrarán la Inauguración del Ferrocarril Central en el tramo que une á esta ciudad con la vía Troncal, ha acordado el siguiente

PROGRAMA.

DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1882.

1.º A las seis de la mañana se izará en todos los edificios públicos, el Pabellón Nacional, que será saludado por un repique á vuelo, mientras que la música y Banda del Primer Batallón del Estado, recorrerán las principales calles de la ciudad.

2.º A las cuatro de la tarde, saldrá del Palacio el C. Gobernador del Estado, acompañado del Ayuntamiento, de los empleados del Gobierno y de la Federación y de las personas invitadas, para dirigirse á la Estación del Ferrocarril, situada en Marfil, y allí esperará á la Comitiva Oficial, que á su arribo será saludada por una descarga de 21 cañonazos, al mismo tiempo que se quemarán fuegos artificiales en uno de los cerros inmediatos.

3.º Terminados los fuegos artificiales, se pondrá en marcha la Comitiva para el Jardín del Cantador, en donde será recibida por una Comisión que conducirá á las personas que formen aquella, á sus respectivos alojamientos. Dicho Jardín estará competentemente adornado así como todo el trayecto de la calzada de Marfil.

4.º En la misma noche se iluminará la ciudad y con preferencia el paseo del Cantador y el Jardín de la Unión, situándose en el primero de estos puntos la Banda Militar y en el segundo una música de cuerda, tocando ambas hasta las once. A las diez se quemarán fuegos artificiales en la Plaza Mayor y en el Jardín del Cantador.

DIA 22.

5.º La Comitiva y las personas invitadas al efecto, serán obsequiadas con un almuerzo en el Colegio del Estado, y á las nueve de la noche tendrá verificativo en el Palacio del Gobierno un baile oficial.

DIA 23.

6.º A las tres y media de la tarde se efectuará en la Plaza de Marfil una corrida de toros de aficionados.

7.º A las ocho de la noche se situará en el Jardín de la Unión, que estará iluminado convenientemente, la música militar y una de cuerda, que alternándose tocarán hasta las once.

La Junta Directiva invita al Comercio para que cierre sus establecimientos en los días y horas que sea necesario, á fin de que las fiestas tengan el mayor lucimiento posible y al vecindario en general para que adorne é ilumine las fachadas de sus casas la noche del 21.

Guanajuato, 14 de Noviembre de 1882.—Joaquín Chico.—Francisco de P. Castañeda.—José Mena.—Pío R. Alatorre.—Juan Togno.

Este programa no solamente se cumplió en todas sus partes, sino que se excedió en varias de ellas. Nosotros llamamos considerándonos impotentes para hacer la descripción de los pormenores de tan espléndida festividad; y dejamos la palabra al «Monitor Republicano» periódico de la Capital de la República, que se expresa en los términos siguientes:

“La fiesta principal de la semana, ha sido la inauguración del Ferrocarril de Guanajuato. Mis lectores me permitirán que principie recordando ese acontecimiento, que siempre bueno es salir de México, para divertirse con lo verde del camino.

A las seis de la mañana del martes último, más de cien viajeros se embarcaron en la Estación del Ferrocarril Central, alegres y gozosos, porque presentían que les esperaba una gran fiesta. Entre aquella turba de «ulster» de lino, entre aquellos viajeros vestidos de fantasía, percibíanse algunos sombreritos adornados de flores, algunas distinguidas

damas de nuestra sociedad que iban á saludar á la ciudad de las minas. Eran las representantes de la belleza y la elegancia mexicana; era el perfume que la gran Capital enviaba á Guanajuato para felicitarla en el día de su gran fiesta.

Las lindas viajeras, con sus largos *paletots*, sus velos de raso maravilloso, ajustados á sus capotas, también iban alegres, decididas, como Livingstone, cuando se preparaba á hollar las tierras de fuego en el Africa, la tierra del porvenir.

Partió el tren y la locomotora, en su raudo vuelo, sólo se detuvo en la estación de San Juan del Río, á donde toda la población vestida de gala salió á dar la bienvenida á los que primero tenían el honor de llegar en alas del vapor á la pintoresca ciudad de la plata.

Breve fué el almuerzo, pero opíparo, ningún brindis turbó la alegría de aquella agapa del progreso; refrigerados todos con las succulentas viandas y los delicados caldos, de nuevo subieron al tren para dejarse arrebatados por esa águila de hierro y fuego que se llama la locomotora.

Ibamos dejando atrás pueblos, villorios y ciudades. El camino que es monótono, se extiende al través de inmensas llanuras, las más de ellas estériles; de vez en cuando un campanario, un caserío allá á lo lejos, nos indica la morada ignota de algunos desterrados que viven lejos del bullicio del mundo, tal vez más dichosos que nosotros, en aquellos rincones, en aquellas abras de las montañas, en aquellos recodos de los valles en donde sólo un eco perdido llega de las tempestades que rugen entre nosotros, los que andamos en el torbellino social.

Vimos por un momento la ciudad de Querétaro con sus mil Iglesias y su histórico Cerro de las Campanas, que se alza tímidamente en la llanura como refiriendo al viajero el drama que allí se verificó un día para reivindicación de un pueblo. Cruzamos frente á Celaya, distinguimos á lo lejos los macizos muros de la Penitenciaría de Salamanca, llegamos á Irapuato y después á Silao, en donde la vía troncal se bifurca, extendiendo hácia Guanajuato un nuevo ramal.

De Silao á Guanajuato cruza la locomotora á orillas de un abismo algo parecido al tajo de Nochistongo; el camino es algo accidentado y necesita reformarse, porque está ligeramen-

to *construido* y termina en Marfil, pueblecillo distante una legua de Guanajuato.

Al llegar á ese punto el tren, dió principio la fiesta, la gran fiesta del progreso y de la civilización; allí escuchamos el primero y delirante grito de regocijo, que lanzaba un pueblo ébrio de entusiasmo al saludar á la mensajera de la prosperidad.

Eran las seis y media de la tarde, había anochecido por completo, la luna brillaba espléndida en el cielo, dejando percibir allá á lo lejos los cerros imponentes cuya plata y cuyo oro han inundado al mundo.

¡Hermosa era la decoración que se ofrecía ante nuestra vista, un hormiguero, una compacta, una incontable muchedumbre esperaba al tren y al oír el último resoplido del vapor, un ¡viva! inmenso, delirante, atronador, conmovió las montañas desde las que contestaron las voces de fuego de los cañones que recibían al tren con los honores reales, haciendo la salva que antes saludaba á las testas coronadas, que hoy es el homenaje que el hombre rinde al dios del siglo, al vapor símbolo del progreso.

No es exageración decir, que más de cincuenta mil personas rodeaban al tren, contestando á cada silbido del vapor, con un aplauso atronador, magnífico, que terminaba con un grito entonado en gigantesco coro:

¡Viva México!

¡Viva Guanajuato!

*
*
*

¿Quién no se conmueve al ver á un pueblo así, á un pueblo que como el sediento al agua, ha esperado largos siglos el toque de resurrección y que al oírlo se levanta, se aspereza y sonríe dirigiendo su mirada al cielo del porvenir?

En la Estación de Marfil había carruajes, ginetes, tropa, gente de á pié en colosales grupos; los cerros estaban iluminados, parecían una escala de luz de entre la que salían los chorros de mil colores de los fuegos artificiales.

¡Cuánta alegría, qué indescriptible regocijo! sólo ese alborozo honra y enaltece á un pueblo, porque indica que com-

prende todo lo grande, todo lo trascendental de la mejora que acaba de conquistar!

Allí se detiene la locomotora, porque hasta llegar á Guanajuato sigue un camino accidentado, lleno de curvas y transitado por los trabajadores y los carros de las haciendas de beneficio, que harían dificultoso el paso de la máquina con sus pesados trenes.

Este es al menos *el pretexto que dá la Empresa para saltar á un compromiso que se impuso. El camino de Marfil está mal construido*; no obstante ser de tracción animal, puede suceder allí una desgracia el día menos pensado.

Los viajeros tomaron las tranvías, pero imposible que avanzaran, era la multitud tan compacta que apenas dejaba marchar lentamente los wagones.

El espectáculo era magnífico, todo el camino en la extensión de una legua, estaba adornado de globos de colores, de arcos, de vasos con luces rojas y verdes, las haciendas de beneficio, que se alzan en las sinuosidades de la montaña, estaban iluminadas, pero de una manera espléndida; son grandes edificios de caprichosa construcción; unas, allá en la cima de los cerros; otras recostadas en la falda; otras casi suspendidas en el aire; todas ellas, estaban cruzadas por fajas de luz, hacían la ilusión de grandes fortalezas con sus torres y sus almenas ya salpicadas de puntos luminosos, ya ceñidas por cintos de fuego. Las casitas del pueblo todas, absolutamente todas, se veían iluminadas con notable profusión, esas casitas incrustadas entre las rocas, colgadas sobre el río, inclinadas sobre el camino, tiradas como al acaso en las grutas de la montaña tenían delante grupos de gente, de barreteros en su mayor parte, vestidos de fiesta que saludaban con aplausos y vivas á los trenes que á duras penas avanzaban entre la muchedumbre compactísima que invadía el camino.

Caprichoso, fantástico es aquel pueblecillo; más caprichoso y más fantástico lo hacía la luna iluminándole con su argentada luz, las sombras de las rocas, proyectándose en fantásticas figuras, los cerros alzándose rígidos, negros, como gigantes de granito á quienes despierta de su sueño la luz y el ruido, de un pueblo á quien enloquece la esperanza.

Por fin, llegamos á la alameda de Guanajuato, al Cantador, como le llaman; allí nos esperaba otra sorpresa, los globos de colores se reproducían por miríadas, en infinito número, colgados en cortinajes inmensos sobre las fuentes, se reproducían en sus cristalinas aguas, estendidos en festones entre los árboles, alineados en largas cintas; por todas partes veíamos luces y más luces; jamás, digámoslo sin exagerar, hemos contemplado una iluminación más profusa; cualquiera creería que las luces brotaban de la tierra, que saltaban entre las flores de los prados, que iban á esconderse entre el follaje de los árboles, que huían, que se acercaban como luciérnagas de mil colores.

La población de Guanajuato toda estaba allí, los viajeros descendieron de las tranvías y siguieron á pié aventurándose por las calles de la ciudad. La magnífica iluminación seguía venciendo por todas partes las tinieblas de la noche, no había casa grande ó pequeña que no tuviese un arco de colores á la puerta, los edificios públicos rivalizaban en el buen gusto de su iluminación y sus adornos, las banquetas estaban intransitables, tan llenas de gente como nuestras grandes avenidas en los días de fiesta nacional.

Aquella ciudad es la única en su género en la República, es una ciudad caprichosa, fantástica, indescriptible: tomad un pliego de papel, arrugadlo fuertemente entre las manos, dejadlo caer, ese es Guanajuato, esa es la rica población que vive recostada en montañas de plata, entre vetas de mármol rojo y verde, entre filones riquísimos de oro, esa es la ciudad que ha hecho resonar por el mundo entero los nombres de «Valenciana,» «La Luz,» «Rayas,» «El Nopal;» esa es la ciudad que vive sobre subterráneos, en donde el pico del minero arranca á la tierra hace luengos siglos, el metal que avara guardara en sus entrañas.

Las calles son largas pendientes con rampas ó escalones, allí no se anda, se escalan las alturas; hay casas ó edificios que tienen el jardín en la azotea como en Babilonia; una ventana á nivel del suelo nos deja ver un patio, y un cobertizo á grande altura, nos revela que aquella casa tiene la caballeriza en el tercer piso. Algunas veces en las calles se ven las gentes como en el aire, parece imposible que anden

ahí, entre las rocas, como pudieran andar en nuestras planas calles; el panorama de la ciudad es bellissimo, es un *nacimiento* en grande escala, las casas unas sobre otras, bajan de la montaña como si la mano de un titán las hubiese despeñado, como si brotaran de una erupción volcánica, ó como si un trastorno geológico las hubiera arrojado ahí, en las hoquedades de los cerros.

Hay edificios bellísimos, construídos de una hermosa cantera, que pulida puede aventajar al más jaspeado mármol.

Guanajuato guarda en su seno una reliquia histórica, el Castillo famoso de Granaditas, ese palacio sombrío que conserva aún en su fachada la huella de aquel asedio que la historia consigna como uno de los hechos que honran y enaltecen al pueblo mexicano, en la más santa, en la más hermosa de sus convulsiones políticas, en su guerra de independencia. Hoy el Castillo de Granaditas es la cárcel de la ciudad, en su fachada se ven todavía las señales de las pedradas de los insurgentes y en los cuatro ángulos, las escarpías de fierro en donde los defensores del Castillo colgaron las cabezas de los Jefes de la insurrección. Falta allí una lápida conmemoratoria que enseñe al transeúnte el sitio de las azañas del intrépido Pípila, el barretero, que con una losa á cuestas llegó hasta la puerta de la fortaleza desafiando la tempestad de plomo que le enviaban los realistas.

Guanajuato tiene también un rincón digno de las perspectivas de las montañas helvéticas. Se llama el Paseo de la Presa y es el sitio de recreo de las familias acomodadas de la gran ciudad. Nosotros sólo hemos entrevisto la Presa; pasábamos por ahí al caer la tarde, la luna iluminaba entonces el más agreste paraje que puede concebirse; alzábanse los cerros magestuosos dejando ver en la cañada que forman una pequeña laguna sobre la que rielaban los rayos del astro de la noche; más allá se extiende la gran presa, otro lago de mansas aguas, en cuyos bordes crecen frondosos árboles que dán sombra á pintorescas quintas.

Para llegar hasta allí es preciso pasar por una prolongada calle cercada en ambos lados por jardines, por villas de campo de caprichosa arquitectura; por aquí vemos una casita imitando las queseras de la Suiza; más allá una arquería

greco-romana, dá entrada á otra casa, cuyos árboles se divisan á la distancia; acullá una columnata de mármol rojo detrás de rejas de fierro se retrata en un estanque surcado por blancos ánades; todos esos risueños edificios construídos sobre la falda y en las vertientes del cerro, acusan la riqueza de sus dueños; son los hermosos paraísos en donde los ricos hombres de la ciudad de la plata se retiran á soñar en las bonanzas de sus minas.

*
*
*

La hospitalidad que ha dado Guanajuato á los que primero llegaron por la locomotora á visitar la bella ciudad, ha sido espléndida, verdaderamente espléndida; los viajeros fueron alojados unos en casas particulares, otros en el Colegio del Estado, uno de los más hermosos edificios en su género; otros en el hotel Suizo, pero previniendo todos los deseos, todas las necesidades de los más exigentes.

La población estuvo engalanada, cerradas las puertas de comercio, izados los pabellones en los edificios públicos, adornadas las fachadas, las calles concurridísimas, rebotando de gente.

El miércoles la comitiva fué invitada á un banquete que tuvo lugar en el Colegio del Estado, en el patio del edificio, á donde se sube por tres amplias y cómodas escaleras. Más de ciento cincuenta personas se reunieron en torno de la gran mesa para saborear un «menú» digno de Lúculo, digno de los encomios de Brillart Savarin; allí se pronunciaron entusiastas brándis, unos buenos, otros ménos que medianos; entre los primeros fué estrepitosamente aplaudida una elegante improvisación del Señor Joaquín Obregón González, y otra de Alfredo Chavero: entre los segundos... callemos... que las mejores fiestas tienen esos claro-oscuros que suelen indigestar los más sabrosos y succulentos platillos.

Si fuera posible un banquete sin la prosa insoportable de los brándis, ¡qué felicidad!

La mayor cordialidad, la más franca alegría, reinaba en aquella mesa, de la que los invitados se levantaron ya bien entrada la tarde.

*
**

Pero lo mejor de las fiestas ha sido sin duda, el baile que el Gobierno del Estado y el Ayuntamiento, dieron en el Palacio la noche del miércoles.

Habíamos visto la ciudad más pintoresca de la República; habíamos admirado sus bellas perspectivas, nos faltaba lo mejor: conocer las beldades de Guanajuato, apreciar su grado de cultura por la belleza y elegancia de sus simpáticas señoras.

Tuvo el baile lugar en la casa que sirve de palacio al Gobierno del Estado, que no es por cierto muy espaciosa, ni muy á propósito para una gran «soirée.» La escalera estaba adornada con flores, lámparas, espejos; un rojo tapiz sembrado de puntos dorados, cubría los escalones; á un lado se alzaba una pequeña locomotora con su linterna encendida y haciendo vapor en sus calderas; las paredes desaparecían detrás de verdes cortinas de vegetación, salpicadas de flores naturales; en el descanso un gigantesto espejo reproducía la graciosa ornamentación de aquel sitio, templo entonces de la belleza y la alegría.

Los salones rebosaban de una concurrencia escogida; allí hemos conocido á una parte tan solamente á una parte de las familias más notables de Guanajuato. Allí hemos visto á la Señorita Elena Goerne, encantadora rubia, ataviada con un gracioso traje de seda rosa, á su hermana la Señorita Francisca Goerne, esbelta, sumamente simpática, más bella todavía con su falda rosa, de la que se destacaba su hermosa cara, llena de vida y animación. La Señorita Luisa Chico es sin duda una de las más perfumadas flores del jardín guanajuatense, la hemos admirado vistiendo un precioso traje de blanco raso á dos tonos mate y brillante, sobre él bajaban en festones ramos de rojas camelias, menos rojas que el clavel de sus labios. La Señorita Paula Obregón, otra de las más bellas damas de aquella sociedad, vestida de raso blanco sembrado el contorno de conchas buñonadas. La Señorita Elena Castañeda llevaba un precioso traje lila, perfectamente adornado; la Señora Moral de Jiménez llevaba una de las mejores «toilettes,» de raso acero de gran cola,

con encajes de Bruselas, bullonado con exquisito primor é iluminado por soberbios brillantes. La Señorita Josefina Bouquet vestía de azul pálido con encajes finísimos de Malinas; la Señorita María Parres tenía un traje de raso blanco á dos tonos, muy bien y diestramente adornado.

Otras señoritas tan hermosas, tan distinguidas como las que acabamos de mencionar, honraban aquella «soirée;» nosotros en tierra estraña apenas pudimos conocerlas por más que al verlas hayamos rendido justo homenaje á su distinción y elegancia.

Allí estaban también nuestras compatriotas, las señoras que nos habían acompañado en el viaje, las lindas mexicanas que iban á indicar á la gran ciudad de las minas algunas de las perlas que guarda la sociedad en que vivimos; allí estaba la Señorita Esther Guzmán, cuyo primoroso semblante se destacaba de entre una linda falda negra, adornada de brillantes cuentas; la Señorita Cervantes con una falda rosa del más exquisito gusto; la Señora de Terreros, hermosísima con su traje azul pálido, velado por soberbios encajes de Bruselas; la Señora de Licéaga con su traje café, de brocado, digna obra de nuestras modistas.

El baile estuvo animado, lucido; la concurrencia era tal, que ciertamente no cabía en los dos pequeños salones. Tanta era la concurrencia, que á nosotros nos pasó un percance del que no nos quejamos, sinceramente la decimos, más que á nuestra mala estrella. Estábamos admirando á las hermosas hijas de Guanajuato, cuando se nos acercó un caballero que seguramente era uno de los bastoneros, para decirnos con exquisita política, en resumidas cuentas, que estábamos estorbando; tenía razón; nosotros cambiamos de lugar, pero la concurrencia era tal, que sin quererlo fuimos á dar á otro sitio en donde también estorbábamos; el mismo apreciable caballero vino á hacernos la propia observación; de nuevo cambiamos de lugar y de nuevo fuimos advertidos; á la tercera advertencia, como no encontrábamos donde poner nuestra humanidad, como no se nos ocurría qué hacer de nuestra persona, creímos conveniente retirarnos, con harto pesar; hacía apenas una hora que pisábamos aquel encantador salón y se nos figuró un minuto.

Podemos decir, pues, que sólo dirigimos una mirada al baile, pero esa mirada nos bastó para hacernos cargo de lo escogida, de lo simpática que es la sociedad de Guanajuato, de lo hermosas que son las damas de la ciudad, que como dijo Alfredo Chavero, guarda oro en su corazón, luz en su frente.

El recuerdo que conservamos los que allí recibimos tan cordial hospitalidad, será imperecedero. Un lazo más nos liga con aquellos nuestros compatriotas, el de la gratitud y el de la simpatía.

Hasta aquí la descripción que hace el periódico mexicano de nuestras grandes fiestas, á la cual sólo añadiremos nosotros unas breves palabras.

Con respecto á la iluminación, debemos agregar que acababa de pasar la célebre y espléndida que esta Capital, dividida en secciones, acostumbra hacer anualmente, durante ocho días consecutivos, para obsequiar, en el mes de Noviembre, á su venerada Patrona la Santísima Virgen María, bajo la advocación de Guanajuato; y que sin embargo, en nada desdijo la magnificencia de las iluminaciones de la inauguración con la de las festividades religiosas, principalmente en el centro de la ciudad; habiendo habido aún la notable circunstancia de que en éstas, en el día correspondiente, se acostumbra formar con brillantes luces y de un tamaño colosal, la cifra del nombre de «María» en el cerro del Meco, ocupando gran parte de su falda, pareciendo un encantador espectáculo, y en aquellas en el mismo lugar y con iguales luces se dibujó una gigantesca y hermosísima locomotora. No debemos tampoco pasar en silencio la soberbia y elegante corrida de toros de aficionados, verificada la tarde del día 23, en la plaza de Marfil, plaza construída expresamente para estrenarse ese día; la concurrencia que la ocupó fué sobremanera numerosa y selecta, su adorno ostentaba el más exquisito gusto; y los jóvenes que salieron á lidiar con los feroces animales no dejaron que desear por su intrepidez y por su destreza.

COMPOSICION

ESCRITA AL INAUGURARSE EN LA CIUDAD DE GUANAJUATO

EL FERROCARRIL CENTRAL MEXICANO.

El sol en el oriente tiñe el cielo
Con oro y con espléndido arreból;
La ciencia y el progreso acá en el suelo,
Lucen muy más que en el oriente el sol.

Sus resplandores bellos y brillantes
Llenan de Europa hasta el postrer confín,
Asombrando los focos deslumbrantes
De Lóndres, de París y de Berlín.

Y América también su luz recibe,
Y no envidia de Europa el esplendor,
Que en Nueva York y en Filadelfia vive
De ciencia y de progreso el gran fulgor.

Mas ellos, de mi Patria idolatrada,
Ansiosos á las puertas tocan ya:
Y en breve tiempo México alumbrada
Por sus rayos divinos estará.

Ya por doquiera del trabajo al templo
Obreros en montón llegando van;
Y de los unos el sublime ejemplo
Llama á los otros cual potente imán.

Del pensamiento conductores fieles
Los hilos telegráficos se ven;
Y al lado del telégrafo los rieles
En bosques y campiñas van también.

De Veracruz entre la arena ardiente
Magestuoso el vapor se oye silvar,
Que allá lleva en sus alas, velozmente,
Productos mil, y los espera el mar.

Córdoba y Orizaba pintorescas,
Ornan con rieles su eternal verdor;